



Lazarillo de Tormes

Adaptación de Eduardo Alonso

Págs. 142

Ed. Vicens Vives, Barcelona

1ª edición, 2007

7ª reimpresión, 2010

ESTA ADAPTACIÓN

A menudo hemos pensado que el *Lazarillo* es un libro de fácil comprensión, pero la lectura atenta de multitud de pasajes bastaría para cuestionar esa falsa creencia. Prueba de ello es que todas las ediciones escolares requieren una anotación exhaustiva para aclarar un arcaísmo, un giro intrincado, la retórica que esconde una sutil ironía o un dato sociológico. Lo habitual es que la página se componga de unas pocas líneas de texto original y extensas notas de letra liliputiense, tan eruditas como incomprensibles.

Para remediar esos obstáculos, se propone aquí una adaptación cuyo criterio fundamental es ofrecer un texto completo, tan literal y fiel como sea posible, pero tan actual como sea necesario, con el fin de facilitar la lectura comprensible y placentera. En esta versión no falta nada, está todo el *Lazarillo*, ce por be y frase por frase. Pero hemos procurado con toque delicado actualizar la escritura y hacer más sencillas las oraciones más intrincadas. ¿Qué tal suena este *Lazarillo*? Nos parece que conserva el "retrogusto" sonoro y rítmico del original. La cuidada presentación y las numerosas ilustraciones han de contribuir a facilitar la lectura provechosa y gozosa de un libro conmovedor que nos propone una experiencia vital inolvidable.

Sirvan de muestra del criterio adaptador estas líneas iniciales de la novela:

TRATADO PRIMERO

Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fue

Pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre; y fue de esta manera: mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años; y, estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí. De manera que con verdad me puedo decir nacido en el río.

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confesó y no negó, y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fue mi padre (que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho), con cargo de acemilero de un caballero que allá fue. Y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por ser uno de ellos, y vínose a vivir a la ciudad y alquiló una casilla y metióse a guisar de comer a ciertos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena, de manera que fue frecuentando las caballerizas.

Ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban vinieron en conocimiento. Éste algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana. Otras veces, de día llegaba a la puerta en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo, al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas, de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños a que nos calentábamos.

Lázaro cuenta sus primeros años de vida

Pues sepa Vuestra Merced, antes de nada, que a mí me llaman Lázaro de Tormes, y soy hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca.¹ Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, y por eso llevo ese apellido. Fue así: mi padre, al que Dios perdone, era desde hacía más de quince años el encargado de un molino que está a la orilla de ese río. Y una noche, a mi madre, que estaba en el molino, le llegó el parto y allí me parió. Así que en verdad puedo decir que nací en un río.

Quando era un niño de ocho años, acusaron a mi padre de hacer ciertas sangrías en los costales que le traían a moler.² Por ello fue preso, confesó y no negó su culpa. Espero que Dios lo tenga en la gloria, pues el Evangelio llama bienaventurados a los que padecen persecución de la justicia.³ En ese tiempo se organizó una expedición naval contra los moros, y allí fue mi padre, que estaba desterrado por la desgracia ya dicha. Tenía el cargo de acemilero⁴ de un caballero, y, como era un criado leal, su vida acabó al tiempo que la de su amo.

Mi madre, al verse sin marido y sin ningún amparo, decidió arrimarse a los buenos para ser uno de ellos. Se vino a vivir a la ciudad, alquiló una casita y se metió a guisar la comida para unos estudiantes, y a lavar la ropa de unos mozos que cuidaban los caballos del Comendador de la Magdalena,⁵ de modo que frecuentaba las caballerizas. En ellas conoció a un hombre moreno,⁶ de los que cuidaban los animales, y empezó a tratarse con él. Este hombre venía algunas veces a pasar la noche en nuestra casa y se iba por la mañana. Otras veces llamaba a la puerta durante el día y, con la excusa de comprar huevos, entraba en casa. Al principio, sus visitas me disgustaban, y yo le tenía miedo por el color y la fealdad de su cara, pero cuando vi que siempre traía pan, trozos de carne y, en invierno, leña para calentarnos, lo fui queriendo bien

De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar. Y acuérdome que, estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozuelo, como el niño vía a mi madre y a mí blancos y a él no, huía de él, con miedo, para mi madre, y, señalando con el dedo, decía:

—¡Madre, coco!

Respondió él riendo:

—¡Hideputa!

Yo, aunque bien mochacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mí: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!».



Este hombre, que se llamaba Zaide, siguió alojándose en casa, y de su relación con mi madre me vino un hermano negrito, muy bonito. Yo lo tenía en brazos y lo arropaba. Me acuerdo de un día en que mi padrastro negro estaba jugando con el chico, y como el niño nos veía a mi madre y a mí blancos, y a su padre negro, le señaló con el dedo y dijo:

—¡Madre, el coco!

Y su padre respondió riendo:

—¡Qué hijoputa!⁷

Yo, aunque entonces era muy crío, reparé en la palabra que había empleado mi hermanico y me dije: «¡cuántos hay en el mundo que huyen de otros porque no se ven a así mismos!».

1. *Tejares* era en la época una aldea de unos treinta vecinos. Tenía varios molinos de harina movidos por agua.

2. *Hacer sangrías* es agujerear los sacos o *costales* para robar trigo o harina.

3. El texto bíblico dice: «Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo, 5, 10). Sin embargo, el padre de Lázaro no era perseguido 'injustamente' por la justicia, dado que robaba.

4 *acemilero*: el que cuida o lleva caballos o mulos de carga.

5 *Comendador* era un caballero de una orden religioso-militar que tenía derecho a cobrar rentas y ciertos impuestos. La Magdalena era una parroquia de Salamanca.

6 *moreno*: eufemismo de 'negro'.

7 La palabra *hijoputa* es aquí un apelativo cariñoso, pero, dadas la ambigüedad y la ironía del lenguaje de Lázaro, podría tener también un sentido literal.